

Hombres, ideas y libros

Si le Grain ne meurt, de André Gide

(Especial para ATENEA)

SE trata del libro quizás más importante en el conjunto de la obra de un autor de primera fila: André Gide.

En *Si le Grain ne meurt* André Gide nos da con sinceridad desconcertante la historia y la explicación de su vida y de su obra.

Es la primera vez que un escritor nos da así su confesión *intelectual* (en oposición con la confesión sentimental apasionada de un Rousseau), y nada hay más cautivante como esta vida analizada por uno de los espíritus más agudos, más sensibles, y más audaces de nuestra época. Tanto más que lo que algunos le reprochan a André Gide—la falta en sus memorias del elemento patético, trágico, fatal—es a nuestros ojos un elemento más de belleza: el optimismo de Gide, la felicidad que persiste en sentir en las situaciones más angustiosas, más escabrosas, ese extraordinario equilibrio vital de un hombre que ha sabido fabricarse una normalidad dentro de lo anormal. Nos produce intenso placer.

Si le Grain ne meurt fué editado por las ediciones de la Nouvelle Revue Française algunos años atrás, y permaneció en las bóvedas de la librería: Gide se resistía a darlo al público. Unos fragmentos publicados en la Revista de la Nouvelle Revue Française en 1921 no lo tranquilizaron: pero su último viaje a Africa

ha influido en Gide extraordinariamente, y vemos ya en él a un hombre únicamente preocupado de un gran ideal de sinceridad y vida honda. Una frase de *Si le Grain ne meurt* ilumina todo un aspecto del alma de Gide: «No le dije adiós a Cristo sin una especie de desgarramiento; de modo que dudo ahora de haberme alejado de él completamente...» De origen protestante, educado él mismo en esa severa religión, intensamente místico hasta los veinte años, la preocupación religiosa ha permanecido intensa en Gide. Es curioso verlo sospechar la intervención del demonio «le diable...» en las circunstancias que lo arrastraron al vicio que tan abiertamente confiesa... Lo que menos me sorprendería ahora sería ver a Gide volver declaradamente a la fe cristiana; *Si le Grain ne meurt* me parece tener todas las características del examen de conciencia más lucido, con todas las aspiraciones del caso a una redención final.

En este corto estudio de esa obra trascendente, abusaremos de las citas: creemos hacerle así un servicio al lector, pues *Si le Grain ne meurt* se publicó en edición limitada a seis mil ejemplares, totalmente agotados a la fecha. Es pues dudoso que se encuentren en Chile. Pero el libro es tan compacto, que no podremos dar de él una visión total: sólo señalaremos las cumbres, los puntos esenciales.

Vemos en él el ambiente en que Gide se educó, conocemos a sus padres y parientes, a sus amigos, sus profesores; describe minuciosamente las casas en que ha vivido, sus residencias de veraneo, sus juegos de niño, sus estudios, sus lecturas. Su madre fué una mujer excesivamente puritana, y Gide, muchacho enfermizo, tuvo dos pasiones dominantes: la música y la historia natural. Vivía entre pájaros, plantas, animalejos de toda clase, incluso lauchas blancas, pececillos, etc.

Y vemos en *Si le Grain ne meurt*, la génesis de todas las obras del gran escritor.

Pero esos son puntos de historia: dediquémonos más bien a las extraordinarias revelaciones psicológicas que contiene el libro. Gide sabe mostrarnos todos los planos que tiene en nosotros un sentimiento. Cómo habrá sido de dolorosa la sinceridad con

que analiza sus sentimientos, cuando sólo al leer algunos fragmentos de la obra, se refuerzan en nosotros los prejuicios y los falsos pudores!

Empecemos:

«En la edad inocente en que se quisiera que toda el alma
« no sea sino transparencia, ternura y pureza, sólo veo en mí
« sombra, fealdad, hipocresía...» Y nos cuenta cómo en el jardín del Luxemburgo se entretenía en pisotear los montones de arena que hacían los otros niños. Todos hemos conocido chiquillos así. Más lejos, cuenta cómo, un día que su madre le decía: dale un beso a tu prima... el chiquitín de cuatro años le da en el hombro un gran mordisco. «La prima gritó de dolor; yo, de horror. Manaba sangre. Yo escupí con asco...»

Sutilísima análisis de lo que eran para él, de niño, temas de excitación sexual:

«Lo más frecuentemente, una profusión de colores o de sonidos
« extraordinariamente agudos y suaves; a veces también la idea
« de un trabajo urgente, con el cual se cuenta, que se espera de
« mí, que yo no hago, y al cual imagino en vez de hacerlo; era
« también, muy próxima, la idea de destrucción, bajo la forma de
« juguetes predilectos que yo rompía...»

Es sensible sólo dar una *muestra* de lo que ocupa en el libro páginas de agudo análisis.

De las *declaraciones* que hace Gide sobre sí mismo, daremos la más importantes. He aquí una: «La alegría, en mí, siempre
« triunfa; es por eso que mis llegadas son más sinceras que mis
« partidas. Al momento de partir, a menudo no es decente que
« yo muestre mi contento...» Nos permitiremos agregar un recuerdo personal. El último verano, tuvimos la buena suerte de pasar diez días en el campo con André Gide. Llegó el día de los adioses. En los ojos de André Gide, detrás de los anteojos, unos gruesos lagrimones. Como brillan esos ojos... Como brillan... Entonces Gide estrecha la mano de los presentes, diciendo: «me voy... he dado mi medida...» Y tuve el presentimiento que vuelto las espaldas, el bárbaro de Gide se reía...

Otro aspecto:

«Los dolores personales no son los que me pueden arrancar
« lágrimas; mi rostro entonces permanece seco, a pesar de lo an-
« gustiado que está mi corazón. Es que siempre una parte de mí
« mismo tira hacia atrás, mira a la otra, burlándose, y di-
« ciéndole: Vamos... no eres tan desgraciado...» Encontramos la
aplicación patética, casi infernal, de esos terribles dobleces de la
sensibilidad en el relato que André Gide nos hace de la muerte de
su madre. Pero veamos primero lo que fué Madame Gide: una de
esas mujeres de alma tan diáfana, de corazón tan leal, de espíritu
tan frío, que todo lo congelan a su alrededor... La vemos cui-
dando de su hijo como de una hija, cerrar la biblioteca con llave,
y el día que le permite coger un libro, el muchacho debe leerlo
en su presencia, evitando ciertos pasajes: se trataba de poemas
de Teófilo Gautier... Gide la admiraba y la temía: «Iba siempre
« esforzándose hacia algún bien, hacia algo mejor, y no se re-
« posaba nunca en la satisfacción de sí misma. No le bastaba
« ser modesta; sin cesar trabajaba en disminuir sus imperfeccio-
« nes, o las que sorprendía en el prójimo, en corregirse, ins-
« truirse. Mientras vivió mi padre, todo esto se fundía en un
« gran amor. Su amor hacia mí era apenas menos grande, pero
« toda la sumisión que le había profesado a mi padre, la exigía
« ahora de mí. Nacían conflictos, que me ayudaban a creer que
« yo sólo me parecía a mi padre...»

Más lejos, dice que su madre sólo amaba en la gente las
mejoras que pensaba efectuar en su carácter...

Gide nos describe su muerte:

«Creo que me reconoció, pero parecía no tener ya concien-
« cia de la hora ni del lugar, ni de sí misma, ni de los seres
« que la rodeaban, pues no demostró sorpresa de mi venida,
« ni alegría de verme. Su rostro no estaba muy cambiado, pero
« sus miradas eran vagas, al punto que se podía creer que ese
« cuerpo que aun habitaba había dejado de pertenecerle. Aque-
« llo era tan extraño que sentí más estupor que piedad. Almo-
« hadones la mantenían medio sentada, y, sobre una gran car-

«peta abierta, trataba de escribir. Esa inquieta necesidad de
 «intervenir, de aconsejar, de convencer, la atormentaba aún;
 «parecía muy agitada, y el lápiz que tenía en mano corría so-
 «bre la hoja de papel blanco, pero sin trazar ya signo alguno.
 «Y nada era más doloroso que la inutilidad de ese esfuerzo
 «supremo. Traté de hablarle, pero mi voz ya no le llegaba, y
 «cuando ella trataba de hablar, no podía distinguir sus pala-
 «bras. Descosido de verla descansar, retiré la carpeta y el papel,
 «pero su mano siguió escribiendo en la sábana. Se adormiló
 «al fin poco a poco, se distendió su fisonomía, dejaron de agi-
 «tarse sus manos. Y de pronto, mirando esas pobres manos
 «que acababa de ver luchar tan desesperadamente, las imaginé
 «en el piano, y la idea que ellas también habían aplicado antes
 «su esfuerzo en expresar ellas también un poco de poesía, de
 «música, de belleza... esa idea me llenó al momento de inmensa
 «veneración, y cayendo de rodillas al pie de la cama, hundi
 «mi rostro en las sábanas para ahogar mi sollozos».

Recordemos que Gide ha dicho que sus dolores personales no le arrancan lágrimas, que su personalidad se desdobra, y se mofa de su desgarramiento:

«De modo que no era el sentimiento de mi duelo el que tras-
 «tornaba mi alma (para ser sincero, estoy obligado a confesar
 «que ese duelo no me entristecía mucho; o si se quiere, me
 «entristecía ver sufrir a mi madre, pero no mucho el dejarla...)
 «No, no era de tristeza que yo lloraba, pero de admiración
 «hacia ese corazón que no se entregó jamás a nada vil...

... «Era evidente que mi madre no recobraría conocimiento,
 «Así, no llamé a mis tías, quería velarla yo solo. María (la cria-
 «da) y yo la asistimos en sus últimos instantes, y cuando dejó
 «de latir su corazón, sentí hundirse mi ser entero en un abismo
 «de amor, de desesperación y de libertad».

Quiero dejar al lector sobre la impresión de ese trozo, uno de los más crueles y patéticos que se hayan escrito en todos los idiomas.

En el próximo artículo, hablaré aún de *Si le Grain ne meurt*,

especialmente de lo que nos revela Gide de su formación literaria, de sus amistades con grandes escritores como Mallarmé, su amistad con Pierre Louys, sus viajes a Africa, su encuentro con Wilde. Y, al fin, su amor por su prima Emmanuele.

✓ MARCELLE AUCLAIR.